

# Creació literària

NIEVES PASCUAL SOLER<sup>1</sup>

---

## Pelucas

### Wigs

Estimada Carolina:

Era profesora en un colegio. De lunes a viernes caminaba a la escuela a las 7:30 de la mañana. Nosotros, Jorge y yo, compramos un apartamento en el décimo piso de un bonito edificio cerca de nuestros trabajos. Jorge trabaja en el Ayuntamiento, para la Concejalía de Vivienda. Me consideraba afortunada de poder hacer el trayecto a pie.

A la entrada del edificio se concentra una manada de gatos callejeros, que he de esquivar cada vez que salgo. Se han habituado a reunirse allí cuando se hace el día. Probablemente algún vecino les da comida y esperan perezosos. A la vuelta de la esquina hay una cafetería donde solía pararme a desayunar.

Aquel lunes fue diferente porque tenía la intención de resarcir a Jorge por nuestros diez años de matrimonio. La semana anterior me había dicho que quería el divorcio y lo que yo quería era agarrarme a él, aunque apenas es capaz de rozar la superficie de mis necesidades.

Si te tengo que contar esto desde el principio, tal y como lo recuerdo, diría que mi adicción a las pelucas comenzó con mi madre. Llevaba una todos los días, como otras madres de los sesenta. Estaban de moda entonces. Por la noche, cuando se acostaba, se la quitaba. Me encantaba ver el pelo aplastado bajo la redecilla. Ni un solo mechón se atrevía a rebelarse.

Como el de mi madre, mi pelo es fino y frágil, y de un color entre castaño y rubio. Cuando era pequeña ella me sujetaba plumas, diademas y flores en la cabeza con cinta adhesiva porque las horquillas no se sostenían. En invierno me la cubría con gorros de lana. En verano me ponía pañuelos que me ataba a la nuca, aunque yo prefería que me los anudara bajo la barbilla.

No creo que mi madre previera nada de esto. Si hubiera sido así, quizá se habría preocupado. Era una mujer grisácea de gran voluntad, entregada a abrillantar nuestras vidas, la de mi padre y la mía. Vivíamos en un pequeño bungalow en los suburbios que mantenía limpio y ordenado todo el tiempo. Pintaba y repintaba las paredes blancas, cocinaba comidas saludables y planchaba las toallas del baño, disfrazando con una tranquila superficialidad la tormenta que vivía en su interior. Creo que echaba de menos la persona que había sido antes. Aunque mi padre era un buen hombre, siempre sospeché que nunca se gustaron mucho. Mi madre murió hace tres años de cáncer.

1 Universidad de Jaén, npascual@ujaen.es

Es difícil hablar de esto y no sé cómo quieres que lo escriba. Me dijiste que contara mi historia, que dejara salir la verdad, que la atrapara en un papel. Si no la cuento, es como si nada hubiera ocurrido y me hará daño. Y si la cuento, no podré esconderme más y las palabras me protegerán. Entonces me sentiré libre. Debí pedirte instrucciones más precisas.

Me compré mi primera peluca cuando tenía quince años, por Halloween. Era de mala calidad. Me picaba y sentía mucho calor, al principio. Después de un rato, por primera vez, dejé de pensar en mi pelo. Me olvidé de mi complejo y me divertí. Decidí ponerme más pelucas, de forma intermitente, no más de una vez cada tres semanas, los sábados por la noche. Al contrario de lo que piensa la gente, las pelucas no me incitaban a buscar la soledad y mucho menos me forzaban a la inactividad. No niego que te relajan el cuerpo y la mente y puede que te induzcan a decir alguna tontería. Te hacen querer reír más, como si nada fuera demasiado serio, disfrutar más de tu propia risa. No es un placer egoísta. Te hacen mejor persona, más benevolente con los demás. Como más natural.

Debo confesar que a la edad de dieciocho años usar pelucas se convirtió en hábito. Sucedió que cuando me marché de casa para ir a la universidad hice nuevos amigos que me dijeron que debía resolver el problema y lidiar con lo que fuera que había debajo. No era ya cuestión de vanidad. Me preocupa mi aspecto, por supuesto. Ya me has visto. No se trataba de dolor tampoco. Había desaparecido. Sencillamente tenía la necesidad de usar peluca. Se me antojó extraño sentirme culpable de repente. La culpabilidad corteja el secreto y yo no estaba escondiendo nada. Esa culpa que se sienta en el estómago y te sube hasta la boca y entonces te la tragas, pero algunas veces se te queda en la boca, como una infección, y ya no puedes ni comer.

Así que me siento culpable y mi marido quiere divorciarse de mi si no dejo mi adicción y es lunes por la mañana y llego al aula y los niños están alborotando. No puedes imaginar cómo quiero a esos niños. No tengo hijos. En cuanto me ven corren a sus asientos. Buenos días, les digo y les explico que antes de corregir los deberes deberemos tomar una decisión. La semana que viene se dedicará al cáncer y es importante apoyar la lucha contra esta terrible enfermedad. Todos asienten con sus pequeñas cabecitas. El año pasado aprendimos mucho sobre el cáncer y recogimos juguetes para los niños enfermos. Este año queremos hacer algo diferente. Y les cuento sobre todos esos niños y niñas, tan valientes, de 8 y 9 años, que se afeitaron la cabeza para donar su pelo y hacer peluquines para los otros niños que han perdido el suyo y cuán orgullosos deben estar ¿Hacemos este pequeño sacrificio y contribuimos a hacerlos felices? ¿Algún voluntario?

Los niños se me quedan mirando.

Juanito pregunta: «¿Usted se va a sacrificar con nosotros, señorita?» Juanito tiene el pelo negro como la noche y tan rizado como un caniche.

Y le digo que, «claro, yo seré la primera».

¿Podemos escribirnos con esos niños? El pelo de Anita es dorado como la miel y hoy lo lleva atado a un lado en una cola de caballo.

Y le digo que «claro, y les escribiremos las cartas en clase».

«¿Nos enviarán sus fotografías?» El pelo de Vanesa es de color del fuego como un petirrojo.

«Claro, y nosotros también nos haremos fotografías».

Todos los niños alzan las manitas, excepto las mellizas que controlan el impulso de su voluntad porque su madre las apunta a concursos de belleza. Se muestran ansiosos por ir a casa y contárselo a sus padres, a quienes por escrito comunico lo que sigue. Copio la carta.

*Estimados padres:*

*El cáncer es un problema que afecta a muchas familias, haciendo infelices a los niños. El colegio Santa María es consciente de que nuestra responsabilidad como educadores y padres es involucrarnos en la lucha contra esta implacable enfermedad. Como en años anteriores, este año celebramos una campaña de sensibilización y ayuda para niños con cáncer.*

*El curso de 3 de Educación Primaria desea donar su pelo y hacer pelucas para los niños que han perdido su cabello durante el tratamiento. Entendemos que este es un gran sacrificio y puede que a algunos de ustedes les resulte alarmante. Sin embargo, nuestros niños comprenden la belleza de esta generosa acción. No duden que recibirán toda la información necesaria concerniente a la organización caritativa que se encargará de fabricar las pelucas, así como a quién se destina el cabello y la situación de los niños afectados.*

*Para cualquier pregunta, por favor diríjense a la directora o a mi misma. Si no desea que su hijo o hija participe en esta semana de solidaridad, ruego me envíen una nota antes del 8 de abril.*

*Atentamente,*

*Luisa Rodríguez*

Todos los padres aceptaron excepto la madre de las gemelas, de forma que el día del afeitado se fechó para ese mismo viernes. Por la mañana, al amanecer, Jorge me dijo que todavía me quería.

Los niños se lo tomaron muy bien. En tropa marcharon al gimnasio riéndose, como si fueran al recreo. Hicieron cola delante de la silla de barbero que colocamos en un rincón y bromearon con lo raro que era que la señorita no tuviera pelo. Se lo pasaron muy bien corriendo unos tras otros y golpeteándose las cabezas pelonas y ovaladas, cubiertas de bultos.

Otros padres, profesores, amigos y familiares con conciencia social decidieron también afeitarse la cabeza, con lo que al final recogimos unos 1.000 centímetros de pelo. Como dije que haría, envié el pelo al fabricante de pelucas. Las recogí pasadas unas semanas y no me cobraron. Usaron tiras con espacios pequeños por lo que resultaban voluminosas. Me gustó que sujetaran el cabello con un doble nudo al extremo de la tira y a los lados, de esa forma se mantiene en su sitio y que cubrieran las cintas en el interior. En la parte superior utilizaron un nudo simple, lo que impide que luzcan gruesas en la coronilla. Se veían muy naturales.

No habían pasado dos meses cuando los niños empezaron a preguntar y querían ver fotografías. Al llevarlos al colegio los padres comenzaron a pedir información. Finalmente, la directora me llamó a su oficina para saber dónde estaban las pelucas. Le dije que no sabía nada y que lo comprobaría, pero supongo que no soné convincente porque luego supe que llamó al fabricante. Nada sucedió hasta la tar-

de en que Jorge regresó temprano del trabajo. Guardaba las pelucas en mi armario. Como Jorge tenía el suyo imaginé que allí estaban a buen recaudo. Por las tardes, cuando no estaba en casa, me las probaba, pero esa tarde llevaba puesta una que él no había visto antes y se dio cuenta de todo.

En absoluto tenía derecho a registrar mis cosas ni a gritarme. Apenas pude oír lo que decía por el ruido de afuera. Abrí la puerta del balcón y abajo una muchedumbre aullaba como los animales: Criminal, mentirosa, usando a niños inocentes... Desde arriba las cabezas calvas y pálidas me recordaban las canicas que cuando niña coleccionaba en una caja. Solo me gustaban las agüitas de color blanco. Nunca las saqué de la caja ni jugué con ellas. La luz del sol que se reflejaba en el mar de cabezas les daba un brillo amarillento que me hacía sentir como si estuviera en un sueño. Intenté detener a Jorge para que no arrojara las pelucas por el balcón. No pude. Mientras los periodistas entrevistaban a la gente un par de cámaras rodaban el descenso sin vida de las pelucas sobre la multitud enloquecida. Imagina que de la noche a la mañana te conviertes en un monstruo, en alguien odioso y de maldad extrema.

Al final Jorge se fue. Dijo que me necesitaba menos de lo que yo lo necesitaba a él. Justo después me interrogó la policía, me juzgaron culpable y me obligaron a someterme a terapia de grupo. Las imágenes de las pelucas cayendo en el aire, balanceándose de un lado a otro, se repetían por la televisión. ¿No crees que, en general, la gente habla demasiado y cuando más hablan más necesitan hablar? En las sesiones de terapia que organizas en la residencia, por ejemplo, Rosa. Habla y habla, acaparando más espacio que nadie, aunque fue cómico que robara extensiones. Comparto su entusiasmo por el cabello Remy. Es suave al tacto y no se enreda, pero es caro y no tengo intención de pegarme nada a la piel.

En cuanto a la preferencia de Lisa por el cabello sintético, no es apropiado a mi edad. A los cincuenta no deseo cubrirme la cabeza con algo de plástico hecho a máquina, sobre todo sabiendo que las fibras acrílicas se desgastan de tres a seis meses, máximo. Ahora bien, si no tienes otra opción, mejor corto que largo. No es que sea de miras estrechas, pero es que, además, el cabello artificial es fácil de detectar. Dicho esto, he de añadir que tengo el ojo bien entrenado y que hay muchas de nosotras ahí fuera, en la calle. Es una experiencia maravillosa cuando nos miramos y creamos una conexión, pura, sin adornos. A propósito, organizarnos en un círculo está bien pensado. Nos fuerza a mirar a los demás.

Entiendo que el propósito de Rosa sea el de agradar a los hombres y que para Lisa empelucarse implique no reconocer su propia belleza, a pesar de lo bonita que es. Cuando abusas de las pelucas el pelo empieza a resquebrajarse y te haces descuidada. Las pelucas son fáciles de mantener y siempre te ves bien. Pero como he dicho, no son esas mis razones ahora.

A decir verdad, Marco, el cantante, fue toda una inspiración. No parece un cantante. Es curioso que, de los siete en la sala, solo él, el único hombre por lo demás, mostrara el cuero cabelludo desnudo. Yo me puse la pamelita de mi madre. Debes haber notado que el resto llevaba peluca. Aunque no soy religiosa y nunca he tenido momentos de iluminación espiritual, empatizo con ese despertar de la con-

ciencia que lo sobrecogió en el escenario y decidió lanzar su prótesis capilar por los aires. Una inspiración cuando dijo que el cien por cien del cabello natural viene de personas muertas en India o China. Quizá ni siquiera de las cabezas de esa gente, eso dijo. Quizá de un perro o de un gato. No sabes dónde ha estado ese pelo, a quién pertenecía o a qué partes del cuerpo.

Cada uno saca de las pelucas cosas diferentes. Para algunos, es belleza. Para otros, es benevolencia. Para algunos otros, es orden o felicidad o armonía. Tengo claro que estas sesiones son útiles. Son valiosas. Te agradezco que me salves.

Atentamente,

Luisa

\*\*\*

Jorge:

Puedes recoger tus cosas el miércoles que viene por la mañana.

Ten cuidado con los gatos de la entrada. Parecen enfermos y están perdiendo el pelo.

Luisa